

»ébano y contemplando las cicatrices de los golpes de la lanza y de sable de que estaban surcados su busto y sus brazos, quedó llena de estupor y se echó á reír de alegría al contemplar la elevada estatura de su primo.»

Humillado Antar con la risa de su amada, reflexionó un momento y en seguida le respondió con estos versos improvisados:

«La blanca y delicada Abla se rie al ver mi color negro y la huella de las lanzadas que ha recibido mi cuerpo. No reirias, oh Abla, no te admirarias, cuando estoy cercado de enemigos, si vieras en su pecho mi lanza sólida sobre la cual corre la sangre como bordados de púrpura. Entonces soy el leon del desierto, y me maravillo de que á la hora del combate pueda mi enemigo ver mi rostro y sobrevivir á su espanto.»

Trajeron á Antar otros vestidos; se cubrió con ellos, y pasó así nueve días en la tienda de su tío, comiendo, bebiendo y conversando con su amada.

SEGUNDA PARTE.

I.

Al décimo día le pregunto su tío Malek cuáles eran sus intenciones respecto á su hija, y que dote pensaba darle?

«¡Oh tío mio, respondió el jóven, lejos de mí la afrenta de poner precio á ese rostro de luz, á ese talle de palmera, á esa perla del Océano, á esa virgen envuelta en su pudor! Decidme vos mismo lo que deseais y no me pidais sino una dote superior á lo que todos los reyes y guerreros de la Arabia y de la Persia no podrían darle.»

Malek le pidió mil camellas *acefsyr*, las mas raras y estimadas de los árabes. Antar se las prometió cargadas ademas con todas las riquezas de sus amos; en seguida marchó pensativo de la tienda de su tío para ir á cumplir su promesa y pagar el precio de Abla.

II.

Llegó por la tarde, acompañado solamente de su hermano Cheioub delante de una tienda solitaria de pelo de cabra negra al rededor de la cual andaban paciendo algunos camellos escualidos. Un anciano salió de la tienda al ruido de los pasos de sus caballos; su cuerpo estaba

agobiado por el peso de los años; el tiempo y las miserias de la vida le habian descarnado.

«Este anciano, dice el poeta refiriendo este encuentro, marchaba sobre la espalda de la tierra, y su barba descendia hasta sus rodillas.

«¿Porqué marchas así encorvado, le dije? — «He perdido mi juventud sobre la tierra, me respondió levantando una mano hácia mí, y me bajo para buscarla!»

Antar se apeó del caballo á la puerta de la tienda. Su caballo Abjer iba cargado con la caza que habia matado en el camino. El viejo encendió lumbre, les preparó una comida, y comieron y bebieron hasta la noche. Habiendo preguntado el ermitaño al guerrero el objeto de su viage, Antar le contó la promesa que habia hecho á su tío.

«¡Maldiga Dios á tu tío, respondió el anciano, porque ha urdido tu muerte exigiendo de tí semejante dote: esas camellas no se encuentran mas que en las tierras del rey Moundir, que se estienden entre la Arabia y la Persia, y cuyo poder temen igualmente los persas y los árabes. Tu te arrojas en un fuego, cuya llama no se extinguirá mas.

«No hay fuerza y poder sino en Dios que lo sabe todo, replicó Antar consternado, aunque perseverante en su designio. ¡Cómolo! ¡Habré dicho si á mi tío para decirle ahora no? esclamó; ¡oh! eso no será jamás, aunque tuviese que servir de pasto á las fieras!»

Y se durmió bajo la tienda del anciano y al día siguiente al despuntar la aurora, tomó Antar el camino de Irak, provincia de la Persia, sometida al rey Moundir.

La descripción que hace en sus versos de la tierra de Irak revela en él al poeta descriptivo del mas rico pincel.

«Allí, dice, se ofrecieron á mis ojos casas numerosas y llenas como colmenas, vastos prados, parterres brillantes de flores, regados por fuentes y surtidores juguetones, caballos árabes de variado pelo, brincando acá y acullá en el llano como las olas del mar al viento de la mañana, regocijaban la comarca y hacian temblar las hojas de los árboles con sus relinchos; tiernos camellos con sus madres, dromedarios rápidos como el polvo debajo del viento, esclavos, niños y doncellas negras de cabellos rizados. Abriase allí un valle, el mas risueño que los genios han embellecido jamás; el agua se desbordaba en él por todas partes, semejante á plata líquida; los perfumes de las yerbas esparcian el olor del musgo; millares de pájaros, búbulas, mirlos, gorriones, palomas, tórtolas, perdices y codornices cantaban en los surcos ó exaltaban sobre las ramas el nombre de Dios; y los pavos reales desplegaban el brillo de su ropage, como si el Creador los hubiese vestido con los mas radiantés colores y hubiese vertido sobre ellos el coral y el jacinto.

III.

Antar reconoció en estas señales de poder y de riqueza que el anciano le habia dicho la verdad, y que robar los ganados y los tesoros de un reino tan bien defendido, era una empresa superior á las fuerzas de un solo guerrero. Sin embargo no perdió el valor, y queriendo emplear la astucia y fuerza se apeó del caballo, quitó la brida á Abjer y envió á su hermano Cheioud, el Ulises de la Arabia, disfrazado de esclavo para mezclarse entre los que guardaban aquellos ganados, y para obtener de ellos hablándoles sin afectacion noticias acerca de esas famosas camellas *acefsyr* que Antar queria llevar en dote á Abla.

Cheioub desempeñó su mision con su habilidad natural. Bien acogido de los esclavos del rey Moundir, comió y bebió con ellos; hizo que le enseñaran las camellas *acefsyr*; las reconoció por la blancura de su pelo, por la ondulacion de sus gibas y por sus ancas gruesas y redondas, y vió que con razon pasaban por las maravillas de los ganados. Escapándose en seguida durante el sueño de los esclavos, volvió á reunirse con Antar y le contó lo que habia visto.

«Jamás, le dijo, ha habido ganados mejor defendidos, y tu tío nos ha condenado á una muerte cierta, lanzándonos á esta empresa. — «No importa, contestó Antar, apricta la cincha á Abjer y cúbreme con mi armadura de mallas de hierro.»

Entonces volvió á aparecer, dice el poeta, montado en su corcel semejante á una fuerte torre.

Era la hora en que los esclavos llevaban á pacer los ganados al valle. Cada ganado de mil camellas era vigilado por diez esclavos. Estos apenas miran á Antar y su hermano, cuando pasan junto á ellos, acostumbrados como estaban á ver sin temor á los estrangeros en una tierra donde jamás un ladron habia penetrado impunemente; pero Antar desenvainando su sable y lanzando su caballo Abjer, como la aube lanza el rayo, sobre el grupo de aquellos pastores confiados, los dispersa sobrecogidos de asombro y de espanto, escoge mil camellas *acefsyr*, las mejores de las diez mil del rey, y manda á diez esclavos que estaban tendidos sobre el suelo, que se levanten y conduzcan delante de ellos aquellos despojos.

El gefe de los esclavos, habiendo logrado reunir á un centenar de aquellos guardas vultuos de su terror, se atrevió á defender los ganados del rey y avanzar á la cabeza de sus compañeros sobre el raptor; Antar le dió con el filo de su sable en la nuca y la hoja salió por la garganta. ¡Baldou sobre tu madre y sobre la de tu rey Moundir! le gritó el héroe furioso.

Antar y Cheioub hicieron gran carniceria en aquellos esclavos fieles, y se llevaron el ganado al desierto.

IV.

Entretanto el hijo del rey Moundir, Homan, guerrero intrépido, avisado por los gritos de los pastores, junta mil ginetes y se arroja á la persecucion y á la venganza. Antar se vuelve y para al ruido del galope de sus caballos y balanceándose orgullosamente sobre su caballo, dice el poema, con la sonrisa de la indignacion y del desafio en los labios, los espera como la tierra sedienta espera la primera lluvia.»

El grito terrible que lanza asusta á los ginetes y detiene á los caballos.

«¿Qué es eso? esclama Homan indignado reprendiendo á su gente por la turbacion que se habia apoderado de ella, ¿temblareis ante un miserable esclavo negro?»

Trábase un combate encarnizado que dura hasta la hora de las tinieblas. Antar, rendido de una lucha que se reproduce sin cesar, cubre inutilmente la tierra de cadáveres de hombres y caballos; su brazo se cansa; Abjer cede bajo el peso de su amo y se echa al suelo; levantándose en seguida y abriéndose paso por entre los enemigos, huye al desierto, dejando al ginete tendido sobre la sangre.

Cheioub, que contemplaba á cierta distancia aquella lucha, viendo caer á su hermano Antar, se lanza con toda la viveza de su corcel hácia el desierto, escapa de los que le persiguen y llega solo á la puerta de una caverna abierta en el flanco de una montaña.

Sobre la puerta de la caverna un jóven de tez morena y curtida miraba pacer sus carneros y sus cabras. Delante de él ardía un fuego escaso donde se asaba un pedazo de cabrito.

«Oh jóven, le grita Cheioub, protégeme, á tí me entrego, imploro tu hospitalidad. Mi muerte es inminente y los que han matado á mi hermano, van á alcanzarme.

«Por el cielo, le responde el mancebo, yo te protegeré contra todos los que comen pan y beben agua. Entra en la caverna, antes me dejaré matar que entregarte.»

Apenas el pastor habia pronunciado este generoso juramento, cuando los ginetes del rey Moundir, persiguiendo á Cheioub y habiéndole visto de lejos refugiarse en la caverna, llegaron é intimaron al pastor que les entregase su huésped, pues las costumbres del pais prohibian matarlo en el hogar de su protector.

«Hazle salir ó te matamos,» dijeron los ginetes al pastor.

«Nobles árabes, les respondió el pastor, no violeis la fé que he jurado á ese fugitivo; alejaos de la puerta de la caverna á cuarenta

pasos, á fin de que tenga yo derecho de retirarle mi proteccion y despues hareis lo que os parezca.

—Hágase como dices, contestaron los guerreros, y se alejaron cuarenta pasos de la caverna.»

V.

—Estrangero, dijo el pastor á Cheioub volviendo á entrar en la cueva, ya lo has oído todo, nada puede salvar tu vida; pero prefiero sacrificarla á faltar á la hospitalidad que te he jurado. Despójate de tu ropa, toma la mia, sal y di á los guerreros: El estrangero no ha querido abandonar su asilo: haced de él lo que querais, os lo entrego; despues, cuando los veas apearse de sus caballos para penetrar en la caverna, huye á todo escape por entre esas rocas y déjalos que se venguen en mí por tu fuga. Aquí tienes mis alimentos y mi saco, toma este palo y que la noche te sea propicia!»

Cheioub se puso el frage del pastor, cogió el palo y salió de la caverna. Las sombras de la noche ocultaban su rostro; dijo á los ginetes lo que habia sido convenido, y alejándose, fingió reunir sus carneros para echarlos delante y desapareció entre las rocas.

VI.

Los guerreros de Moundir se apearon de sus caballos, entraron en la cueva y obligaron á salir al jóven. Haciéndole acercar á la luz del fuego para mirarle, conocieron con rabia que era el pastor disfrazado con la ropa de Cheioub.

—¡Desgraciado! le dijeron desvainando sus sables. ¿Por qué nos has engañado y te esponés á la muerte para salvar á un estrangero, el mas vil de los árabes?»

—He querido, dijo el pastor resignado, rescatar con mi vida la suya que habia jurado defender á todo trance. Haced de mí lo que querais.»

Los guerreros, llenos de admiracion por tanta virtud, le perdonaron y elogiaron su conducta. Dejaron que se alejase, lleno de gloria y digno de alabanzas eternas

VII.

Durante esta fuga de su hermano, Antar luchaba todavía á pie contra la nube de enem-

gos que le cercaba. El cansancio y no el acero le derribó al fin en tierra. Cogido y maniatado con cuerdas por los guerreros fué arrastrado por el polvo hasta los pies del hijo del rey, Homan. El rostro varonil y amenazador del héroe, su aspecto aterrador, su elevada talla, y la amplitud de su cabeza asombraron al jóven príncipe:

—Apretar mas las ligaduras, dijo á sus guardas, atadlo sobre los lomos de un caballo y llevadlo al rey para que él mismo decida de su suerte!

—¿Quién eres?» le dijo el rey que volvía de la caza rodeado de sus cortesanos.

—Soy un árabe de la tribu de Abs,» respondió Antar.

—Eres de la raza de sus nobles ó de sus esclavos?» continuó preguntando el rey.

—Príncipe, dijo Antar, para los hombres generosos, la nobleza es el choque de las lanzas, el silbido de las flechas, el golpe de los sables sobre las corazas y la paciencia en los campos de batalla. Yo soy el médico de la tribu de Abs cuando está enferma, su protector cuando está amenazada, el defensor de sus mugeres cuando tiene que huir, su héroe cuando se envanece con su gloria y su sable cuando vuela al combate.»

El rey admirado de aquella poesia y elocuencia en la boca de un esclavo negro, le preguntó quien le habia obligado á venir á asolar sus tierras y arrebatar sus camellas. Antar le confesó que era su amor á su prima Abla y la astuta exigencia de su tío Malek, que habia puesto ese precio á su hija.

El rey se admiró de que con tanto valor, elocuencia, poesia y elevacion de sentimiento en el alma, se hubiese espuesto de aquella suerte á su pérdida por una muchacha árabe.

—¡Oh señor mío! contestó Antar al rey, el amor es el que impele al hombre á montar á caballo y correr al peligro; por él caen rodando en el polvo las cabezas de los bravos; solo premia á los amantes que han probado la amargura de la ausencia despues de las delicias de la vuelta, y han velado largas noches. La desgracia viene siempre de las miradas lanzadas al través de un velo de muger.»

Gran ruido y tumulto interrumpieron esta conversacion. Vinieron á anunciar al rey Moundir que un leon, mayor que un toro, provocado por sus cazadores, acababa de lanzarse sobre su comitiva y sembraba la carniceria y la muerte por todas partes.

—Oh rey, dijo Antar, mandad á vuestros compañeros que me dejen solo con ese leon; si me mata, quedareis vengado, porque yo mismo he matado á gran número de vuestros guerreros y esclavos; pero si yo le mato, recompensadme dándome la vida y la libertad. Pero no desateis mas que mis manos y dejad á mis pies sus trabas, porque ó mataré al animal, ó no tendré el desierto para huir delante de él.»

El leon sucumbió. Antar no lanzó al derribarlo sino un grito de triunfo: «Todavía soy el amante de Abla.» Entonando despues un canto de victoria mezclado de quejas sobre su suerte, cuenta en versos heroicos su infortunio, su derrota y su cautiverio:

«Fui llevado ante un rey generoso, dicen las últimas estrofas de este canto; luché con un leon fiero á la mirada y rudo en el combate.»

«Su cara tenia la anchura de un escudo, y sus pupilas lanzaban chispas como un fuego de noche.»

«Le he abierto de un solo golpe con mi sable, yendo á él con los pies atados.»

«Esperaba que el rey me concediese en recompensa la dote de Abla, exigida por mi tío, las camellas de acefyr...»

«Por el firmamento, exclamó el rey escuchando y admirando á aquel esclavo, este negro es la maravilla del mundo. Reune el heroísmo á la elocuencia y la audacia á la constancia en las cosas difíciles y que causan el estupor de los hombres ordinarios; si puedo quedarme con él, haré ver por su medio la superioridad de los árabes de mi raza sobre los persas del rey Choroés, de que soy tributario.»

Volviéndose luego á sus guardas, añadió:

—Retened á este negro prisionero en mi corte, porque en la tierra no hay otro igual, y podrá un día glorificar la mano que le perdona.»

Antar fué objeto de todos los miramientos compatibles con el cautiverio.

VIII.

Poco tiempo despues habiendo ido el rey Moundir á llevar su tributo á Choroés, el gran rey de Persia, fué convidado á un festin por este monarca. Los cortesanos de Choroés, queriendo burlarse de la simplicidad de aquel rey de los pastores, hicieron servir á la mesa del monarca dos canastillos de dátiles enteramente iguales en la apariencia; pero los que sirvieron al rey y á sus cortesanos estaban deshuesados y habian puesto en lugar del hueso alfonsigos y miel; al paso que los que colocaron delante de Moundir eran dátiles verdaderos cuya carne envolvía el hueso. Viendo el rey Moundir á Choroés y sus cortesanos comer aquellos dátiles falsificados sin arrojar el hueso, creyó por respeto deber imitar á su soberano y comió el hueso con los dátiles. Choroés y sus cortesanos soltaron la carcajada, y como Moundir les preguntase la causa de tan estrepitosa risa, le confesaron su supercheria. El huésped ultrajado fingió reirse tambien de su error; pero se retiró profundamente irritado del abuso que su soberano habia hecho de su

cándida credulidad y meditando la venganza. Al volver á su pais montañoso escribió una carta de queja y desafió al rey de Persia para que le diese satisfaccion de aquel ultrage. El rey envió un ejército para someter á Moundir, y cuando éste vió acercarse el ejército persa se arrepintió de lo que habia hecho y dijo: —«Veó que mi carta ha ofendido á Choroés; mis palabras no eran convenientes. Las ligerezas de la lengua son las calamidades del hombre.»

Un sátrapa, llamado *Kosrouan*, enemigo del rey Moundir y que aspiraba á poseer sus Estados, mandaba el ejército del rey de Persia. Vencedor de los árabes de Moundir en el primer encuentro, puso sitio á la ciudad de *Hira*, capital del último refugio del vencido. Moundir reducido al último extremo llamó á sus hijos y guerreros á un gran consejo de guerra, y en él se resolvió hacer una salida desesperada sable en mano, cercar á las mugeres, á los niños y los tesoros con una muralla de acero y refugiarse en el desierto para ir á pedir asilo, socorro y venganza á los árabes labradores.

Al saber esta resolucion de espatriar su pueblo, los esclavos de la corte del rey que custodiaban á Antar se echaron á los pies de su señor y le dijeron:

—«Oh padre, el guerrero cautivo de la tribu de Abs, que está encerrado bajo nuestra guarda, habiendo oido esta mañana el tumulto de la ciudad y preguntándonos la causa que lo producía, le hemos dicho todo lo que pasaba, á que ha contestado:

—«Conducidme á la presencia del rey; yo le revelaré el medio de destruir sus enemigos, aunque sean tan numerosos como los granos de arena del desierto.»

Antar fué presentado al rey. —«¡Por el cielo! exclamó, mi pecho ha estado á punto de estallar de cólera y vergüenza, cuando he sabido que los árabes iban á huir delante de esos perros de persas. Los árabes, continuó, son sufridos en el combate y mueren bajo los cascos de los caballos; pero no soportan el baldon salvando su vida por medio de la fuga. Prometedme la dote de la hija de mi tío; mandad que me devuelvan mi sable; mi caballo Abner y mi coraza de combate; poned á mi disposicion mil ginetes de vuestro ejército para ejecutar la maniobra que les mande y vereis lo que sucede á vuestros enemigos.»

El rey, confiando en el brazo de su cautivo, consintió en todo y llamó á sus guerreros á las armas. Antar entonó su canto de guerra:

—«Yo me sumergiré, dijo, en la nube de polvo hasta que encuentre á ese sátrapa Kosrouan y le haré beber la copa de la muerte. El probará sobre el filo de mi sable una bebida despues de la cual no gustará ya la del agua.»

Luego que hubo cantado estos versos, exclamó: «Por tus ojos, oh Abla! y se lanzó sobre los persas.»

Se lanza, dice el poeta, era como el destino; acortaba las vidas.

Su ejemplo volvió la intrepidez á los mil ginetes de Moundir, los cuales hicieron retroceder á los persas lejos de las murallas de la ciudad. Acampado Kosrouan á la retaguardia supo por los fugitivos la derrota de los suyos ante un guerrero negro á caballo, mas impetuoso, decian que el Simoun. Juró atacarle él mismo en persona al día siguiente y lavar en su sangre la vergüenza de su derrota.

El rey Moundir por su parte salió al encuentro de Antar, le hizo entrar en su tienda y comer con él. «Si supiera, dijo el rey al jóven vencedor de los persas, que era una felicidad para tí quedarte en nuestro país, mandaría traer á Abla de grado ó por fuerza; pero temo que tu corazón suspire por tu país y tus tiendas.»

—«Oh señor mío, respondió Antar, no tengo valor para quedarme aquí: cada día pasa sobre mí con el peso de mil años; sin embargo aunque tuviese que morir en esta ausencia y derretirme al fuego de mis recuerdos y pesares, no marcharé hasta que no estéis vengados de Kosrouan.»

Así pasaron la noche hablando de la batalla del día siguiente bajo la tienda, mientras que los hijos del rey velaban por la seguridad del campo de los árabes.

IX.

Kosrouan entretanto juraba á sus gefes que á la mañana siguiente mataría á aquel genio invencible bajo la figura de un negro, y se quedó dormido en brazos de la certidumbre de su triunfo.

Al rayar el alba, un guerrero, dice el poema, salió de las filas del ejército de los árabes y avanzó hacia el espacio vacío que lo separaba de los persas. Iba envuelto en su armadura de hierro; un sable colgaba de su cintura; su mano sostenía una gran lanza; montaba una yegua de pelo amarillo como oro reluciente al sol, tal como no se ha visto jamás; sus nervios eran sólidos, su larga cola trazaba un surco en el polvo: era la gloria de los corceles árabes, el viento que corre, el rayo que brilla y la tempestad que derrama. El guerrero que sobre ella cabalgaba la hacia correr y saltar por el llano para evaporar su fuego y calmar su impaciencia. Los persas de la vispera, espantados, le reconocieron, era Antar, hijo de Schedad. Su yegua salía de los corrales del rey Moundir que se la había prestado, porque Abjer, cansado y herido el día anterior tenía necesidad de reposo. Habiendo visto Antar que esta yegua era firme de corazón y fogosa en el combate

galopaba, lanza en mano, desafiando á Kosrouan en sus versos.

Insultado éste se lanzó sobre un caballo persa de boca blandísima, que adivinaba el pensamiento en la mano de su amo. Cubriale una coraza de mallas tan estrechas como los ojos de las langostas. Las azagayas resonaban sobre su muslo, las flechas en su carcaj y una maza de armas de punta de hierro pesaba apenas como pluma en su mano derecha.

Los dos guerreros se lanzaron uno sobre otro; una nube de polvo levantada por los cascos de sus caballos entrecrocados, los ocultó á las miradas de ambos ejércitos. No se oían mas que los golpes sin ver su lucha, como dos truenos en una misma nube. Kosrouan salió al fin de aquel torbellino persiguiendo á Antar con sus venablos, que el árabe paraba y desviaba con su lanza, hasta que espiondo el persa un movimiento de Antar que dejaba su frente descubierta, le arrojó su pesada maza que ya en su pensamiento aplastaba al hombre y al caballo; pero Antar galopando al encuentro del golpe recibe la maza en su ancha mano, la coge, la hace girar con sus cadenas como hace el niño con una honda y lanzándola con toda su fuerza sobre Kosrouan, le derriba sobre el polvo con las costillas rotas y sin aliento. ¡Había muerto sin haber sentido el gusto de la muerte!

A esta caída del invencible de sus guerreros y de su sátrapa huyen los persas perseguidos é inmolados por los árabes.

Un solo hombre decidió de la victoria. El nombre de Antar se halla en todos los corazones. Vuelve triunfante á la cabeza de los guerreros de Moundir, teñida de sangre su armadura.

Moundir le acogió como el enfermo que recobra la salud, le dió las mil camellas, envió un embajador á la tribu de Abs para traer á Abla á su héroe y celebrar las bodas en su capital. Solo exigió que Antar no abandonase sus Estados hasta que hubiese obtenido el perdón y la reconciliación con Chosroés, su soberano, pues, como ya se ha dicho, estaba arrepentido de haberle ofendido. No tardó en presentarse favorable coyuntura para esta reconciliación.

Un guerrero romano, á quien el poeta da el nombre bárbaro de Bathramouth, había llegado á la corte de Chosroés para someter el imperio persa á la fé de Cristo, que ya en aquella época comenzaba á difundirse por Oriente. Este Bathramouth, medio apóstol y medio soldado, hacia en la corte de Persia prodigios de fuerza y destreza en las armas que humillaban á los guerreros de Chosroés. Sesenta veces vencedor de los mas afamados caballeros persas en combates singulares ante el rey de Persia, retaba inútilmente á nuevas pruebas á todos los héroes del Irán y de la Arabia. Un sábio visir, que contaba mas de un siglo de edad, aconseja á Chosroés que se re-

concilie con su antiguo amigo el rey Moundir y le llame á su corte con un centenar de los mas intrépidos ginetes del desierto, entre los cuales hallará tal vez Bathramouth un rival digno de él y un vengador al honor de la corona.

Moundir llega, y trae á Antar montado sobre Abjer.

Después de cinco horas de combate encarnizado en el palenque Antar inmola á Bathramouth. La Persia triunfa de los romanos por el brazo de un esclavo negro. El rey Chosroés le da las riquezas del vencido y le admite á sus festines antes de despedir á Moundir. El lujo afeinado de la mesa de los persas llena de admiración al sóbrio árabe del desierto.

—«Oh señor, dijo al rey Moundir, ¿comen los reyes de Persia todos los días estos manjares numerosos y variados, ó solamente son goces que se proporcionan en las fiestas fijas del año? Yo no veo aquí carne de camello, y estos alimentos ligeros solo son buenos para niños.»

Moundir le reconviene y hace avergonzar de su simplicidad é iguorancia.

Comió lo que le sirvieron delante de los convidados; las copas circularon llenas de vino tan viejo como el mundo. Esclavas griegas, despojos de Bathramouth, escanciaban el licor y presentaban las copas. Estaban vestidas con túnicas de diversos colores y se parecían á lunas llenas que se levantan. Sabían que Antar era ya su amo, y se acercaban á él respetuosamente para servirle, previniendo sus menores deseos, cuando se levantaba ó sentaba espiondo sus pensamientos en sus ojos; pero Antar no se volvía jamás hacia las hermosas esclavas, porque el amor de Abla dominaba solo en su corazón.

—«Por qué, le decía el rey Moundir cuando los sueños del vino jugaban ya en su imaginación y las repetidas libaciones turbaban su espíritu, por qué no te agradan tus bellas esclavas, ni tu corazón se regocija con tu elevación y tu gloria? ¿Sueñas en un rango mas elevado é imaginas en tu país algo mas espléndido que esta noche de magnificencia? Deja esos tus tristes pensamientos, y toma de la hora presente lo que sea bueno, porque hoy has subido al rango de los reyes y si los hombres poderosos de tu tribu pudieran verte en este momento, envidiarían tu suerte.»

Al escuchar Antar estas palabras suspiró, y lágrimas mal reprimidas corrieron por sus mejillas al recuerdo de su patria.

—«Por vuestra cabeza venerada, respondió al rey, estos favores no tienen á mis ojos valor ni encanto; porque mi corazón y mi pensamiento están en otro país, y ya sabéis que la patria tiene la mejor parte en los corazones, sobre todo cuando el hombre se ha dejado en ella á su amada; ausente del objeto de su amor, espera que su fantasma venga á vi-

sitarle en su sueño, ó que la brisa de su país soplo bácia él.»

Exaltándose luego con la imagen de Abla, cantó estos versos:

«La frescura de la brisa matinal, que sopla del Yemen, cuando respiro su aliento aromático, es mas voluptuosa para mí que estas perlas, estas maravillas y estos tesoros amontonados bajo mis manos.»

Y el imperio del rey Chosroés no me tienta, cuando la imagen de mi amada se ha borrado de mis ojos.»

X.

—«Pídemelo que quieras, respondió el rey, y todo lo que mas brille á tus ojos entre las maravillas de mi imperio, juro dártelo en recompensa del servicio que me has hecho salvando el honor de la Arabia y de la Persia contra ese campeón de los romanos.»

Antar pidió al rey Chosroés la corona de piedras que brillaba sobre su cabeza, para que Abla ciñese con ella sus sienes el día de sus bodas y durmiese junto á él con esa brillante diadema. El rey añadió á este precioso regalo un escabel, especie de trono portátil, donde las mugeres árabes de alto rango se sentaban al apearse de sus camellos. Las fiestas, las carreras y las luchas continuaron por espacio de muchos días, después de los cuales Antar se despidió del rey de Persia y volvió á partir con el buen rey Moundir para tomar las mil camellos acefyr que le había regalado aquel protector y conducirlos á su tío Melek. Estas camellos iban además cargadas de los tesoros conquistados por Antar á sus enemigos, y de la corona y del trono del rey de Persia para Abla. El rey Moundir había agregado á todo esto cincuenta caballos de mano magníficamente enjaezados, cien doncellas esclavas y otros tantos esclavos escogidos entre los mas robustos y hermosos de sus montañas.

Antar marchó seguido de este cortejo para el desierto, llevando delante sus esclavos las camellas y camellos cargados de riquezas. Enbriagábase de alegría su felicidad y sus triunfos; pero el exceso de su impaciencia de ver nuevamente á Abla y la languidez de su amor á ella le ponían enfermo; aspiraba penosamente la brisa que venía de las montañas del Yemen, no pensando sino en la dicha de presentarse rodeado de toda aquella prosperidad á las miradas de su tribu y deslumbrar á Abla con su esplendor, con su gloria y con la relación de sus hazañas. El ruido de su muerte, propalado por su hermano Cheioub, había destrozado el corazón de Abla; pero volvió á hallar la vida y su hermosura viendo el rostro de Antar.